

22. Autoexaltación

A partir del registro de la experiencia de Nabucodonosor podemos aprender cómo el Señor considera el espíritu de la autoexaltación. Si el rey babilonio hubiera atendido las advertencias de Dios con respecto a la autoexaltación, la humillación con la que fue amenazado podría haberse evitado; pero él continuó con orgullosa superioridad, usando los dones de Dios como propios para exaltarse a sí mismo, hasta que sintió la mano humillante del Todopoderoso.

No fue sino hasta que hubo pasado por siete años de vergüenza y sufrimiento que el rey aprendió que Dios es capaz de humillar a quienes andan en orgullo y autoexaltación.⁸ La experiencia de Nabucodonosor es una advertencia para todos.

El Creador ha dado abundante evidencia de que Su poder es ilimitado, de que Él puede establecer reinos y derribar reinos. Él sostiene el mundo con la palabra de Su poder.⁹ Él hizo la noche, organizando las estrellas brillantes en el firmamento.

«Él las llama a todas por su nombre» (Isaías 40:26)

«Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos» (Salmos 19:1)

—mostrando al hombre que este pequeño mundo no es más que una insignificancia en la creación de Dios. Si cada miembro de la familia humana se negara a reconocerlo, diciendo:

«...No hay Dios» (Salmos 14:1)

—Él no carecería de súbditos que proclamaran Su poder.

Los habitantes de los mundos no caídos miran con piedad y reproche la soberbia y la autoimportancia del hombre. Los ricos y los honrados del mundo no son los únicos que se glorifican a sí mismos. Muchos que profesan reverenciar a Dios, hablan de su sabiduría y su poder. Actúan como si Dios estuviera en deuda con ellos, como si no pudiera llevar a cabo Su obra sin su ayuda.

Que tales miren los cielos estrellados, y con admiración y asombro estudien las maravillosas obras de Dios. Que piensen en la sabiduría que Él exhibe al

mantener un orden perfecto en el vasto universo, y en la poca razón que tiene el hombre para jactarse de sus logros.

Todo lo que el hombre tiene —vida, los medios de existencia, felicidad y otras innumerables bendiciones que le llegan día a día— proviene del Padre de arriba. El hombre es deudor de todo lo que orgullosamente reclama como suyo. Dios da Sus preciosos dones para que sean usados en Su servicio. Cada partícula de la gloria del éxito del hombre pertenece a Dios. Es Su sabiduría multiforme la que se despliega en las obras de los hombres, y a Él le pertenece la alabanza.

Cada momento la gracia del Señor se ejerce en favor de las agencias humanas. A menos que el Señor guarde el corazón, somos vencidos por el enemigo. Es Satanás quien pervierte las facultades del hombre y llena el corazón con pensamientos de autoexaltación.

Temer al Señor en santidad, caminar ante Él con contrición y humildad, es el único camino hacia la verdadera exaltación, para las naciones y para los individuos; mientras que caminar jactanciosamente y con orgullo, con presunción y transgresión, termina en rápida humillación, derrota y ruina.

Los hombres pueden olvidar, los hombres pueden negar su mal camino de acción, pero un registro de ello se guarda en el libro de la memoria, y en el gran día del juicio, a menos que los hombres se arrepientan y anden humildemente ante Dios, se encontrarán con este terrible registro tal como está. Si se arrepienten y mantienen el temor del Señor ante ellos, sus pecados serán borrados.

Dios es infinitamente misericordioso. Él espera que volvamos a Él por la humillación del corazón, la confesión y el arrepentimiento. Él tendrá misericordia de todos, y salvará a todos los que atesoran la contrición del alma. La renuncia a la autoconfianza prepara el camino para la verdadera fe en Dios.

En el momento en que los seres humanos renuncian a su egoísmo, codicia e idolatría, en ese momento Dios se convierte en su Ayudador omni-suficiente. En la plenitud infinita de Su gracia Él imparte, para el tiempo y para la eternidad, todo lo que se necesita para las almas y los cuerpos de aquellos que creen.

¡Oh, que aquellos sobre quienes ha estado brillando la luz en rica abundancia, lleguen a ser hombres y mujeres humildes y fieles! ¡Oh, que ellos, como el rey de Babilonia, eleven sus voces en reconocimiento de Dios, revelando que han vuelto en sí y que su corazón de piedra ha sido cambiado por un corazón de carne! Entonces podrían formar el gabinete de Dios, siendo hechos, en verdad, guardianes de sagradas responsabilidades.

Nabucodonosor, como un hombre salvaje, eleva sus ojos al Cielo (La Sainte Bible, 1789)

⁸ Daniel 4:37.

⁹ Hebreos 1:3.